

ESCUELA SABÁTICA | LOS TRES MENSAJES CÓSMICOS

LECCIÓN 03: EL EVANGELIO ETERNO

El ADN es la proteína encargada de transportar información genética para el desarrollo y funcionamiento de un organismo. Esta proteína es la que determina tus rasgos físicos como persona: complexión, estatura, color de ojos, tipo de cabello, etc. En Apocalipsis 14:6-12, encontramos el ADN del movimiento final que Dios habría de levantar antes de la segunda venida de Cristo. Nuestra iglesia fue colocada en la palestra profética con el objetivo de reflejar y proclamar en alta voz cada una de las verdades distintivas que aparecen en el mensaje triangélico.

Pero ¿cuál es el propósito de Dios al enviar estas revelaciones? La respuesta a esta importante pregunta la encontramos en la siguiente declaración inspirada, escrita en el año de 1904: “En todas las épocas Dios ha dado a los seres humanos revelaciones divinas, para que así él pueda cumplir su propósito de desplegar gradualmente en la mente de los hombres las doctrinas de la gracia” (*Hijos e hijas de Dios*, 337). Resulta claro, a la luz de la cita anterior, que cada uno de los mensajes de los tres ángeles tiene por objetivo proporcionar una vislumbre del amor de Cristo al mundo. En otras palabras, cada mensaje es un eco del evangelio de la gracia. Notemos a continuación la relación que existe entre cada mensaje angélico y el amor de Dios.

(1) El mensaje del primer ángel (Apocalipsis 14:6-7) proclama el “evangelio eterno” (Apocalipsis 14:6), que es la buena noticia del amor ágape de Dios y su favor inmerecido, el cual ha sido derramado sobre toda la raza humana a través del don de Cristo, quien se entregó “por la vida del mundo” (Juan 6:51). La expresión “evangelio eterno” equivale al “pacto eterno” (Hebreos 13:20). ¿Cómo sabemos esto? Por la sencilla razón de que el pacto eterno, según el espíritu de profecía, es “el mismo evangelio que se nos predica ahora” (*La maravillosa gracia de Dios*, 129). Seguramente te preguntarás: ¿Quiénes son los constituyentes de ese pacto? La Biblia enseña que dicho convenio fue establecido entre la divinidad misma. El apóstol Pablo escribió que “el pacto [fue] previamente ratificado por Dios para con Cristo” (Gálatas 3:17). Por lo tanto, “ningún poder humano o angélico podría haber hecho semejante pacto” (*Cristo triunfante*, 126). Así que tú y yo sólo podemos ser los beneficiarios de las promesas de ese pacto de salvación que ha sido “tejido en el telar del cielo, [y] no tiene un solo hilo de invención humana” (*Palabras de vida del gran Maestro*, 253). Es decir, **el pacto eterno es un hermoso testamento de amor de parte de Dios para el hombre, no un contrato bilateral entre Dios y el hombre** como generalmente se define. Pero no es solamente en la expresión “evangelio eterno” donde vemos un destello del amor divino. Es interesante notar que en cada una de las cuatro verdades distintivas que el mensaje del primer ángel expone, también hay una revelación del amor ágape de Dios. Veámoslo a continuación en detalle:

(A) “Temed a Dios”: El temor a Dios está vinculado con su santa ley (Deuteronomio 8:6; Salmo 103:17-18), la cual es “una copia de su carácter” (*2 Mensajes selectos*, 121) y su carácter es “amor” (1 Juan 4:8).

(B) “Dadle gloria”: La gloria de Dios es una alusión a su bondad, misericordia y clemencia (Éxodo 33:18,19), atributos característicos de su amor. Ese amor es colocado en nosotros para que podamos devolvérselo, como lo dijo David: “Todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos” (1 Crónicas 29:14).

(C) “Adorad a aquel que hizo”: Esta expresión es una referencia inequívoca al cuarto mandamiento de la ley (Éxodo 20:11). El sábado es el recordativo semanal de nuestro reposo o salvación en Cristo (Hebreos 4:9). La salvación no es un salario otorgado a cambio de nuestras obras u obediencia, sino un don dado al hombre por amor. Así que, el sábado nos recuerda el gran amor de Dios por la humanidad, que ha sido manifestado no solamente al crearla sino también al redimirla.

(D) “La hora de su juicio ha llegado”: Es en el juicio investigador que Dios limpia por completo a su pueblo del pecado, esto significa que su amor no solamente es perdón; su amor es transformación y renovación total. El juicio de los santos testifica que la única fuerza capaz de cambiar al creyente desde el interior es el amor divino. El juicio no es una película de terror, sino las buenas nuevas del poder de la justicia de Cristo, la cual producirá un pueblo que esté de pie en aquel “tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces” (Daniel 12:1).

(2) Por su parte, el mensaje del segundo ángel (Apocalipsis 14:8) anuncia la caída de Babilonia, la caída del “cristianismo” apóstata que ha hecho uso ilícito del poder político. Babilonia cae como resultado de que el evangelio captura la atención del mundo y magnifica el amor ágape de Dios. El evangelio provoca la caída de Babilonia al revelar la total impotencia y la bancarrota moral de la religión impulsada por la política. El amor de Dios, revelado en el evangelio, abate en el polvo todo sistema basado en el ego y las obras humanas.

(3) Finalmente, el mensaje del tercer ángel (Apocalipsis 14:9-12) muestra el contraste entre aquellos que adoran a la bestia y reciben su marca, con los santos que guardan “los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12). Es decir, hay un antagonismo entre el falso sistema de salvación por obras que Babilonia promueve, y la justificación por la fe “que se manifiesta en la obediencia a todos los mandamientos” (*Testimonios para los ministros*, 91): una contraposición clara entre el orgullo y el amor. Un aspecto revelador de este mensaje es la conexión directa que Elena de White estableció con la justificación por la fe. Veamos: “Varios me han escrito preguntándome si el mensaje de la justificación por la fe es el mensaje del tercer ángel, y he contestado: ‘Es el mensaje del tercer ángel en verdad’” (*Eventos de los últimos días*, 171). Ella también destacó el papel fundamental del mensaje del tercer ángel (la justicia de Cristo) en el derramamiento de la lluvia tardía: “El tiempo de prueba está precisamente delante de nosotros, pues el fuerte pregón del tercer ángel ya ha comenzado en la revelación de la justicia de Cristo, el Redentor que perdona los pecados. Este es el comienzo de la luz del ángel cuya gloria llenará toda la tierra” (*1 Mensajes selectos*, 425). Tras haber leído estas citas, me resulta imposible no plantear las siguientes preguntas:

- ¿Será importante comprender y predicar la justicia de Cristo, ese preciosísimo mensaje que inicio los aguaceros de la lluvia tardía en la era de 1888?
- ¿Es lógico que compartamos el “evangelio eterno” sin presentar el sacrificio de Cristo que “es la gran verdad en derredor de la cual se agrupan todas las otras verdades” (*El evangelismo*, 142)?

Las respuestas son más que obvias. Sin embargo, algunos, sumergidos en su sensacionalismo profético, prefieren enfocarse solamente en la *advertencia* del mensaje de tercer ángel (Apocalipsis 14:9,10) en relación a la marca de bestia, dejando a un lado el evangelio. Su amnesia selectiva no les permite apreciar el único elemento que producirá un pueblo que vindicará el carácter de Dios: ¡La justicia de Cristo!

No queda duda que el mensaje que debemos predicar a “toda nación, tribu, lengua y pueblo” (Apocalipsis 14:6) es una exposición magistral y poderosa del amor de Dios. Con mucha razón Elena de White escribió que “el último mensaje de clemencia que ha de darse al mundo es una revelación de su carácter de amor” (*Palabras de vida del gran Maestro*, 342). El mundo actual en el que vivimos, permeado por el amor propio e infectado por la “selfielatría”, necesita escuchar un mensaje de este calibre; un mensaje liberador, que muestre el verdadero significado del amor y comunique el extraordinario poder que Dios tiene para perdonar pecados y transformar vidas. No perdamos más nuestro tiempo en asuntos superfluos, y hagamos viral las buenas nuevas de “su amor inalterable por la familia humana” (*Testimonios para los ministros*, 91). No cometamos el error de olvidar nuestra misión profética como pueblo. Recordemos que “en un sentido muy especial, los adventistas del séptimo día han sido colocados en el mundo como centinelas y transmisores de luz... Una obra de la mayor importancia les ha sido confiada: proclamar los mensajes del primero, segundo y tercer ángeles. Ninguna otra obra puede ser comparada con esta, y nada debe desviar nuestra atención de ella”. (9 *Testimonios para la iglesia*, 17). ¡Es hora de anunciar con denuedo hasta los confines de la tierra el evangelio que rompió nuestras cadenas y nos hizo libres en Cristo! Yo deseo ardientemente exaltar el amor infinito e insondable de mi precioso Salvador en los últimos capítulos de la historia de este mundo. ¿Es tu anhelo también?

Autor: Óscar Pacheco



<https://www.facebook.com/photo/?fbid=752508459650344&set=a.590705622497296>